

“Elgacena”, una aventura insólita en las letras navarras

Helena AGORRETA entrevista a Miguel Ángel GARCÍA ANDRÉS*



—La revista *Elgacena* va a cumplir veinte años, lo que siempre es un aniversario meritorio en una publicación literaria, sin embargo son ya dos años en los que no acude a su cita con el lector. Lo que no deja de ser preocupante...

—En los círculos literarios se nos suele asaltar con esa misma pregunta sobre el devenir de *Elgacena*: ¿para cuándo aparece el próximo número? Pregunta que nos deja un tanto abatidos a los miembros del Consejo. Hubo un tiempo en que bromeábamos entre nosotros diciendo que *Elgacena* se hacía sola. Aparentemente era cierto, porque cuando habíamos tirado la toalla, siempre llegaba alguien con ilusiones que se lanzaba a tumba abierta hasta que la revista estaba de nuevo en la calle. Pero no sé quizás este parón sea definitivo y hayamos cerrado una historia... La irregularidad de la revista, con ser comprensible y

51

habitual en este tipo de revistas culturales creo que bate todas las marcas. En 1987 se publicaron dos números y tres en 1988. En el año 1991 aparece el número 14-15, de 1992 es el 16, el 17 es de 1994, el 18 es de 1995, el 19 de 1996, el 20 de comienzos de 1998, el 21 de finales del 99... Una ausencia de periodicidad capaz de desmotivar al más infatigable de los coleccionistas. Sólo conozco a dos personas que posean la colección completa de la revista.

—Echando la vista atrás, ¿qué hay sobre el nacimiento de la criatura?

—Si en algo nos ponemos de acuerdo con facilidad es en el origen de la revista: los estudiosos la sitúan dentro de una floración de revistas literarias, o mejor poéticas, que aparecieron en los principales núcleos de Navarra en los años ochenta, a excepción de *Río Arga*, la decana, nuestra hermana mayor, más antigua. En una de las primeras editoriales de *Elgacena*, por cierto esa encomiable expresión no la hemos practicado los sucesores dificultando la tarea de los investigadores ávidos de esta suerte de manifestaciones, se la

* Miembro del Consejo de Redacción de *Elgacena*

denomina “hijuela” de Río Arga. Era un momento de necesidad de dar cauce a inquietudes, de autores locales que escriben, desean publicar y agruparse para dar cabida a otras voces, más allá de la “tribu”... El mayor acierto, la elección del nombre, un topónimo, el barrio judío de Estella, que hemos divulgado, que nos ha impregnado desde hace veinte años. *Elgacena*, la judería floreciente de la vieja Lizarra, destruida allá por el año 1328, una tragedia de intolerancia y odio que aspira a ser redimida por la palabra, según el anhelo de estos pioneros.

—¿Dónde se hacía materialmente la Revista? ¿Con qué apoyos se ha contado?

—La Revista ha tenido su sede, fundamentalmente, en dos edificios reciamente históricos de Estella, la casa Fray Diego de Estella, Casa de Cultura, y el Palacio de los Reyes de Navarra, Museo Gustavo de Maeztu. En un corto periodo convertimos en sede el negocio y el altillo de alguien del Consejo de Redacción al ser desalojados sin previo aviso de este último lugar en vísperas de fiestas. Los despachos han sido de lo más variopintos, en exclusiva o compartidos con otras gentes, en oficinas espaciosas, en húmedas alcobas recicladas, en cuchitriles recién estucados. Todo esto se habrá plasmado en las páginas, pero no sé exactamente cómo.

Las relaciones con los organismos oficiales han sido tirantes, como no podía ser menos. Más con el Ayuntamiento de Estella que con la Institución Príncipe de Viana, sobre todo por una razón de cercanía. Los artistas y los literatos no estamos nada dotados para los asuntos administrativos y a los munícipes y al funcionariado tampoco les suele apasionar el campo de la creación. Publicar un número era entrar en una negociación parecida a las de los convenios, dilatada, impertinente, teníamos que vernos las caras con concejales, gestores, interventores, administrativos... Al final el Ayuntamiento se sacó de la manga una fórmula expeditiva, nos instó a convertirnos en asociación, y se libró en parte de nosotros.

52

—Amén de las pejugeras del trato institucional, ¿qué recuerdos y momentos salvarías de esta historia?

—Muchos, indudablemente. Aunque responder sin explayarse lo suficiente es peligroso porque se puede ser injusto con muchas personas. Desde mi llegada a Estella en 1982 seguí la evolución de *Elgacena*, aunque en los primeros números sólo como lector. Cuando en 1987 Javier Corres se hizo cargo de la revista había un proyecto ambicioso, el de abrir la revista a otros géneros, además de la poesía, que suele ser la reina, y autores en otras lenguas. Básicamente es el proyecto que ha perdurado. Recuerdo las presentaciones en el salón de Fray Diego, detrás de la mesa forrada de satén púrpura. Dábamos noticias y leíamos colaboraciones, Javier hablaba con fe del valor de la palabra y de la literatura. Incluso aparecíamos entrevistados en la televisión foral. Fue mi puesta de largo en el mundillo literario.

Más tarde colectivizamos la revista constituyendo un Consejo de Redacción y renunciando a la figura del Director, que es una manera sutil de diluir responsabilidades. Estábamos Ángel Amezketa, Javier Corres, Gema Zabala, Ángel de Miguel, Helena

Agorreta y yo. De todas formas he de decir que la revista nunca pudo hacer frente a otros gastos que no fueran los de su materialización, del diseño a la impresión, que era el destino forzado de las subvenciones. Resultaba imposible profesionalizar la gestión.

Publicamos un magnífico número de estreno con aportaciones de Jorge Oteiza, Gregory Corso, Yorgos Seferis, y portada del artista Juanjo Aquerreta. Este Consejo se mantuvo estable, sin bajas, hasta 1994, que ya es mérito.

—Pero no has hablado para nada del diseño, de la revista en el aspecto plástico...

—Bueno, con el número 12 “entramos en la modernidad”, dicho sea solemnemente. Gema Zabala conoce a Gudiño, un diseñador gráfico oriundo de Estella que nos propone un cambio de formato y de maquetación. *Elgacena* se diseña en Donostia con los trastornos de los viajes en fin de semana pero el resultado es una revista comparable, homologable a otras de lustre que hay en el mercado y que se aleja de sus hermanillas navarras. Desde entonces las portadas son en color y con colaboración de artistas, pintores navarros. El diseñador deja su huella, y hay una diferencia palpable entre unos y otros números. Gudiño nos diseñó cuatro números con gusto y cuidado exquisito página a página. Cuando se cansó o no nos coordinamos, recurrimos a otros diseñadores, como David Amezqueta de Heda, que hicieron planteamientos más austeros o más recargados, integradores o rompedores... Aunque siempre fueron libres para plasmar su propuesta en la revista. Así dentro de un formato homogéneo consiguieron que cada entrega tuviera una impronta, un sello.

—De *Elgacena* siempre se esperaba que sorprendiera con cada nueva entrega. La verdad es que no decepcionaba casi nunca...

—Hemos tenido la suerte de contar con amigos y apoyos gravitando alrededor excepcionales. Una revista puede vivir volcada hacia la afición local, y tiene garantizada una vida cómoda y longeva. Sin embargo *Elgacena* siempre se volcó más hacia fuera que hacia dentro. Me refiero a la existencia de esos amigos periféricos, habitando en “capitales europeas”. Gracias a Ángel Amezketa nos llega de Roma un ensayo inédito en castellano de Pier Paolo Pasolini, el cineasta y escritor. Pero ya en los primeros números nos había enviado poemas del mismo Pasolini, de Rafael Alberti, de Gregory Corso.

Otra persona decisiva ha sido Javier Irazoqui. Creo que nos ha unido a todos y se ha comportado como un Pígalión con *Elgacena*. De hecho no hay un solo número en que no esté latente o manifiesta su presencia. Traducciones de poetas franceses de primera fila, poemas y cuentos en euskara y castellano de amigos con quienes ha mantenido una relación fluida y ejemplar, sus aportaciones, como ese ensayo sobre la poesía en la Unión Soviética del número 12 cuando el tema aún no se había puesto de moda. Para cerrar este trío de “mecenas” hay que nombrar a Fernando Aramburu, un novelista ahora ya reconocido y consagrado, que nos ha regalado además de sus poesías y pensamientos, traducciones de Hans Magnus Enzensberger, Georg Trakl, Günter Eich, Ingeman Bochman..., poetas en lengua alemana de muy primera fila.

Y además están los apoyos cercanos. Esos amigos que no fallan cuando acudes a ellos a punto de cerrar el número. La entrega constante de Pablo Antoñana con sus relatos. Alfonso Pascal Ros con poemas, máximas y algún cuento de mediana extensión. Felipe Juaristi, Carlos Aurtenetxe, Leopoldo María Panero...

—Dentro de los altibajos de una historia tan dilatada, ¿cuáles podrían ser los momentos culminantes de la historia de *Elgacena*?

—Sin repetirme en la corta historia que he esbozado antes, me parece que un momento espléndido es el número 9 de noviembre de 1988, con el Consejo de Redacción recién estrenado, muy pletóricos todos, en el que se publican poesías de Jorge Oteiza, un fragmento inédito de una novela del griego Yorgos Seferis, obra de Henri Michaux, un poema de José Ángel Valente...

Otro "momento especial" fue la presentación del 16, el último número realizado por el artista gráfico Gudiño. Tengo en la memoria cómo presentó Gema Zabala, con palabras de Jorge Oteiza y su concepción estética. También estaba en la mesa Rafael Castellano, que colaboraba con un cuento. Se daban cita también Bernardo Atxaga, Pablo Antoñana, Teddy Bautista con un artículo sobre el rock... Me parece que fue el cenit de *Elgacena* en bastantes sentidos. Después se incorporaron al Consejo losu Reparaz, Cristina Lara y Xavier Agirre, que tomaron el relevo cuando parecíamos exhaustos.

54

A partir de ahí habría que dar paso a las aventuras y viajes con Leopoldo María Panero, que se implicó, lo implicamos en el número 17. Esta vez la presentación se hizo en Pamplona, en los cines Golem, con la presencia del poeta y la proyección de la película de Ricardo Franco *Después de tantos años*. Desde luego Panero "dinamita" lo que toca, y fue un verano de visitas y percances, protagonizados por Xavier Agirre y yo, al manicomio de Mondragón hasta conseguir el objetivo: un número con portada de Ángel Arbe alusiva a Panero, y tres poemas y una radionovela de éste último. Una visita a Pamplona que no volvió a repetirse hasta 1997 para una conferencia en el Planetario, que por cierto transcribimos en el número 20 de *Elgacena*.

—Para acabar, ¿cómo se podría resumir esta aventura accidentada e insólita?

—Una revista son unas relaciones en torno a un proyecto. Estas relaciones crecen, se multiplican, se ramifican, se desvían, se encuentran, entrechocan... Es una suerte y un privilegio para alguien que ama la literatura como lector, y ocasionalmente como escritor, acceder al mundo o mundillo de una revista de las características de *Elgacena*. Aunque haya habido sinsabores prevalecen los momentos mágicos e intensos sobre los primeros. ¿Cómo olvidar por ejemplo la entrevista que en 1990 losu Reparaz y yo hicimos y filmamos a José Ángel Valente en la Casa Fray Diego de Estella? Sin la revista hubiera sido impensable. Por otro la riqueza del tejido social que va surgiendo y creciendo, los autores que vieron por primera vez su obra en letra impresa..., ¿cómo medir todo esto?

Recordarás una frase con que solía rematar Pablo Antoñana su intervención en las presentaciones: "¡Larga vida a *Elgacena*!". Pues eso, larga vida.